

PRIMERA ESTACIÓN
JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Y atado le llevaron y le entregaron al gobernador Pilato”. Señor, tus amigos los que Tú elegiste, te han abandonado, han negado que te conocen. Estás sólo frente a la autoridad enemiga. Escuchas sereno, lleno de dignidad, firme, con la seguridad de quien acepta y cumple un plan previsto por Dios. Te acusan injustamente, te insultan, quieren que hables y te defiendas. Todos esperan tus palabras. Tú, una vez más, dices la verdad: “Sí, soy el Rey de los judíos, pero mi Reino no es de este mundo...”. Luego callas y contemplas en ese silencio impresionante la cobardía de un hombre que te condena por miedo al pueblo.

Jesús: ahí me ves también a mí. ¡Perdón, Señor! Quiero prometerte que nunca más uniré mi voz a los que te condenan. Haz que sea valiente para estar siempre a tu lado; que nunca te deje y que, como Tú, tenga el valor de decir siempre la verdad, sin miedo, aunque me acarree la muerte.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



SEGUNDA ESTACIÓN
JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Pero antes, Señor, te azotaron. Y los soldados atravesaron tu cabeza con una corona de espinas y te cubrieron, para reírse, para humillarte, con un manto de púrpura. Otros comenzaron a escupirte en el rostro, otros te herían en la cara diciendo: “Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que ha herido?”

Después de una noche entera de malos tratos, ponen sobre tus hombros una Cruz, el signo de los malhechores. Y así comienzas a andar. Arriba te espera la muerte, que va a ser nuestra vida. Por eso no te importa la deshonra, la humillación, el dolor intenso. Piensas en mí y ese dolor te parece poco para salvarme. ¡Así valoras mi alma, Jesús!

Enséname a ser generoso como Tú, a ir con ilusión a la Cruz que salvará a tantas almas.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



TERCERA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Tu humanidad se rompe. Tu angustia en el huerto y tu sufrimiento no son una comedia, son el precio del pecado. Has perdido mucha sangre, te han llenado de heridas los latigazos, la corona de espinas te ha traspasado la cabeza y te aplasta el peso de la Cruz. Pero hay algo que te levanta, que te mueve a comenzar: es el amor que me tienes.

Sabes, Jesús, porque me conoces, que siguiéndote a Ti, caeré una y otra vez. Y me enseñas con tu ejemplo que hay que mirar a la meta, que hay que ponerse en pie, sabiendo que Dios me sostiene, que las almas esperan ese esfuerzo.

Gracias, Señor, por esta lección tan necesaria para mi debilidad. Cuando el peso de mis faltas, o el egoísmo, o la soberbia, me llevan a decir: ¡no puedo!, ponte frente a mi alma así: caído, deshecho, sin fuerza humana. Y ayúdame a ser fiel.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



CUARTA ESTACIÓN
JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

No podía faltar la Virgen en ese momento. Ahí la tienes, Señor. Ahí tienes a Tu Madre, que es también la mía.

¿Qué sentiste, Madre, al ver a tu Hijo? Te miro y no encuentro palabras para hablar de tu dolor. Pero sí entiendo que al ver a tu Hijo que lo necesita, al comprender que tus hijos lo necesitamos, aceptas todo sin vacilar. Es un nuevo “Hágase” en tu vida. Un nuevo modo de aceptar la corredención.

¡Gracias, Madre! Dame esa actitud decidida de entrega, de olvido absoluto de mí mismo. Que, frente a las almas, al aprender de Ti lo que exige el corredimir, todo me parezca poco.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



QUINTA ESTACIÓN
EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Y tomaron a un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, para llevar la Cruz”.

¿Qué pensaría aquel hombre que, de pronto, se encontró contigo en la subida del Calvario? ¿Con qué ánimo cargó con una parte de tu Cruz? ¿Era consciente de que quitaba a Dios una parte de su peso?

Me lo pregunto, Señor, porque alguna vez me das la oportunidad de llevar un poco el peso de la Cruz y no soy fuerte. Es posible que no te reconozca en medio de la lucha o la dificultad. Por eso, Jesús, quiero pedirte que no tengas en cuenta mi reacción cuando sea rebelde, cobarde o egoísta. Porque, a pesar de todo, yo también quiero compartir la suerte de aliviar el peso de tu Cruz.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



SEXTA ESTACIÓN
LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DE JESÚS

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Qué duro es ver cómo te hemos dejado los hombres. Porque, Señor, no fueron sólo los soldados... Yo también colaboro con mis pecados: mi orgullo, mi indiferencia, mi infidelidad...

Haz, Jesús, que verte desfigurado por amor me haga salir de mí mismo, como hizo aquella mujer de entre la multitud. Deja que me acerque hasta Ti, Señor, que te limpie el rostro y te pida perdón.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



SÉPTIMA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

El peso de la Cruz te domina y caes de nuevo. Otra vez sin fuerzas, aplastado por el peso de nuestros pecados. Y, sin embargo, tu humanidad derrumbada vuelve a cobrar aliento.

¡Qué difícil es consolarte con palabras, Jesús! Sólo te miro y me encuentro con esa mirada tuya, en la que descubro paz, serenidad, perdón, entrega. Y al mirarte veo que tu intención es cargar de nuevo con la Cruz para moverme a mí a hacer lo mismo cada vez que caiga, seguro de que Tú siempre irás por delante.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



OCTAVA ESTACIÓN
JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Eres asombroso, Señor. Apenas puedes dar un paso; arrastras el madero ya casi sin vida y haces un alto en el camino, porque descubres a un grupo de mujeres que lloran. ¡Cómo quieres a los hombres! ¡Cómo tratas a las almas, a cada alma, para movernos a la contrición!

Jesús, recuérdame que en la vida siempre hay alguien que espera una sonrisa, una palabra de consuelo, un consejo que le acerque a Dios. Que nunca mi dolor me cierre en mí mismo. Dame tu capacidad de olvido propio para darte a los demás, incluso en esa hora en que estás destrozado.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



NOVENA ESTACIÓN
JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Señor, hazme comprender lo que supone estar hundido, sentir el fracaso, la impotencia, la soledad...

Tu actitud de entrega incondicional, tu abandono en manos del Padre, nunca dicen ¡basta! Y tu amor te hace tomar de nuevo el peso del madero.

Jesús, en esas horas en las que parece que todo se nubla, cuando la tentación pretenda echar por tierra los mejores impulsos, recuérdame que estás conmigo y que antes que yo, Tú, caído por tercera vez, te pusiste en pie.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



DÉCIMA ESTACIÓN
JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Empiezas tu vida en la tierra sin nada, en un pesebre de animales y mueres desnudo en la Cruz.

Enséñame, Jesús, que para salvar el mundo, para redimir a las almas, hay que estar decidido a vivir y morir como Tú, sin nada.

No es fácil la pobreza, Señor. Sabes que cuesta decir un no sincero a tantas cosas buenas que has hecho. Pero para seguirte de cerca hay que dejar vacío el corazón, hasta que seas Tú quien lo llene. Dame la gracia de saber prescindir con libertad de todo lo que no me sirva para quererte.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



UNDÉCIMA ESTACIÓN
JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Jesús, ¿cómo puedes con tanto dolor? La subida al Calvario, la noche del pretorio, las caídas, el abandono de los tuyos...

A tu lado compruebo que no sé sufrir. Por eso me asusta tu capacidad de darlo todo sin reservas. Yo soy cobarde, Señor, pero quiero entregarme de veras y estar dispuesto a llegar a donde me lleves.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



DUODÉCIMA ESTACIÓN
JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Has llegado al final; has consumado tu misión, has colmado la medida. Ya no te queda nada para darnos. Sólo unas gotas de sangre y agua brotarán de tu Corazón cuando te atreviesen el costado.

En estos momentos únicos en la historia de los hombres, nos entregas como Madre a la Mujer siempre fiel, a la Inmaculada, que está siempre al pie de la Cruz: de la tuya y de la mía.

Dame la fuerza para la valentía, y la audacia necesaria para cumplir tu voluntad.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



DECIMOTERCERA ESTACIÓN

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

María tiene en brazos al cuerpo muerto de Jesús. Con el Corazón atravesado, en su mirada, sin embargo, se refleja un “Hágase” incondicional, que sigue incommovible. Siempre está Ella donde estás Tú; es el camino que nos acerca a Ti.

Ante Jesús muerto, sólo puedo pedir perdón y ver que lo único que realmente importa es ser fiel a ese Dios al que tanto he hecho sufrir.

Ayúdame, Madre, a hacer de mi vida una generosa entrega de amor día a día, como Él nos enseñó.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.



DECIMOCUARTA ESTACIÓN
JESÚS ES SEPULTADO

V: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,

R: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Había cerca del sitio donde fue crucificado un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo”.

Señor, que tu Cruz redentora cobije un día mi sepulcro. Que pueda decir al final de mi vida: realicé mi vocación en este mundo, a pesar de mi miseria. Cumplí la voluntad de Dios y fui testigo ante los hombres. Plasmé mi fe en el vivir y en el obrar. Salvé las almas que Dios me encomendó. Fui fiel, combatí bien. Amé hasta el final.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

V: Señor, pequé,

R: Ten piedad y misericordia de mí.

